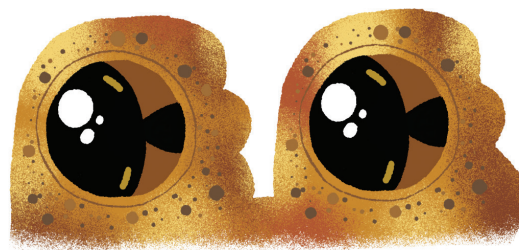


El fantasmagórico sapito acorazado

Armando Rodríguez Durán

Universidad Interamericana, Bayamón

El sapo concho es un sapito de lo más atractivo, con su pequeño hocico respingado. No es el sapo que vemos comúnmente en patios y quebradas. A ese otro sapo lo trajeron para ayudar a proteger de los caculos a la caña de azúcar.^A



Concho mide de dos y media a poco más de cuatro pulgadas (cinco a 12 centímetros), es decir, es un sapo pequeñito. Pero sapo al fin, no tiene la piel lisa como las ranas. Su dorso es duro y verrugoso, con unas glándulas que, cuando se le molesta, pueden secretar sustancias venenosas. Además de ser más pequeño que el sapo común, tiene una cresta pronunciada sobre sus ojos, que son muy, muy grandes.

Los machos de este sapito tienen un color amarillento, mientras las hembras son de tono marrón, y más grandes que los machos.

En la época reproductiva, los machos cantan a la orilla de algún cuerpo de agua. Cuando una hembra pasa frente al sapito macho, este se abalanza, abrazándose a su espalda. Ella suelta su cadena de miles de huevecillos, todos unidos como un rosario, y el macho libera sus espermatozoides para fertilizarlos.

Luego de unas tres a cuatro semanas, los renacuajos se han convertido en pequeñísimos sapitos, que salen entonces del agua. Pero, como ocurre con las tortugas marinas, muy pocos llegarán a ser adultos.

Aunque la hembra del sapo Concho produce miles de huevos, mientras están en el agua, las aves y las larvas del caballito del diablo (libélulas) cazarán todos los renacuajos que puedan. Al salir del agua, aún muy pequeñitos, también tratarán de cazarlos aves, lagartijos, siguanas e incluso los sapos y ranas nativas e introducidas de otros lugares. Todos estos depredadores son animales beneficiosos. Pero ellos no distinguen a Concho de las plagas, por ejemplo.

En realidad, el problema de Concho se lo causamos algunos de nosotros, los humanos. Los que alteran su hábitat, faltando a su propia humanidad. Pero también es cierto, que son otros humanos, entendiendo sus deberes para con el Planeta, quienes tratan de rescatarlo.

Hoy día consideramos a Concho un sapito endémico de Puerto Rico.¹ Endémico significa específico de un área. Apparentemente, donde único persiste en estado natural es aquí, en la Isla del Encanto.

Pero veamos la interesante historia de Concho desde el principio...

El nombre científico de Concho es *Peltophryne lemur*. Los nombres científicos consisten en dos partes, género y especie, y siempre se escriben en latín, aunque la palabra venga de otro idioma. Peldo viene del griego escudo o coraza, y phryne, también del griego, significa sapo.

Este nombre, sapo acorazado, se lo inventó el zoólogo austriaco Leopold Fitzinger en 1843. Pero Fitzinger no había visto un Concho, ni se inventó el nombre para “nuestro” sapo. Otros sapos también llevan el “apellido” *Peltophryne*. De hecho, entre Cuba, La Española



¹ ¿Habías oído esto antes? Concho es endémico del bajo de Puerto Rico, es decir, una isla que existió hace unos 12,000 años atrás, durante la edad del hielo, pero que hoy son muchas islas: Puerto Rico, Islas Vírgenes Americanas e Islas Vírgenes Británicas.

y Puerto Rico, hay unas 14 especies de *Peltophryne*, muchos de ellos en peligro de extinción, como Concho.

En el 1868, el zoólogo y paleontólogo estadounidense, Edward D. Cope fue quien sí vio a Concho y le dio nombre para la ciencia. Cope notó que era un *Peltophryne*, como sus primos antillanos, pero nuevo para la ciencia, y le llamó lemur, que significa fantasma, de ahí *Peltophryne lemur*. Es decir, el sapo fantasma con coraza, en español. Aunque Cope no dijo, de manera explícita, por qué escogió este nombre, la primera oración de su descripción lo sugiere:

“Se trata de un sapo de aspecto singular, debido al extraordinario desarrollo de las crestas óseas del cráneo y al gran tamaño de sus ojos.”

Tal vez los ojos de Concho le recordaron a los lemures de Madagascar. O tal vez los *Peltophryne* le parecían fantasmas, que como mencioné, es lo que significa lemur. Cope ya había descrito otro *Peltophryne* de Cuba, primo de Concho. A aquel le llamó empusa, que también significa ¡fantasma!

Pero Cope nunca estuvo en Puerto Rico. ¿Cómo conoció entonces a Concho? Aquí entra George Latimer,^B un comerciante

de Filadelfia, naturalista aficionado, que se radicó en Puerto Rico, y se entretenía buscando anfibios y reptiles.

Fue Latimer quien le envió a Cope los especímenes de Concho. Eso fue a mediados del siglo 19. Luego de eso, se le prestó poca atención a Concho. Es decir, se atraparon unos pocos, en distintas partes de la Isla. Pero, para 1931, se pensaba extinto.

En 1966, poco menos de un siglo después del descubrimiento hecho por Latimer, el Dr. Julio García Díaz (UPRRP), quien estudiaba insectos en cuerpos de agua, encontró a Concho en el barrio Coto de Isabela.

Para entonces, el Dr. Juan A. Rivero, padre de la herpetología en Puerto Rico, impartía el curso de esta materia en la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez (UPRM). Rivero mencionaba siempre el hallazgo de García Díaz^c como la última vez que se vio el sapo.

Pero, resulta que, en 1974, había en el salón de Rivero un alumno de Quebradillas, Ernesto Estremera. El espíritu inquieto de Ernesto, conocido como Nesty, lo llevó a ser biólogo, naturalista, maestro de ciencias y fundador de la Liga Ecológica Quebradillana.

Ese mismo espíritu inquieto hizo que, en aquel momento, le propusiera al Dr. Rivero buscar el sapo en Quebradillas. Con el aval de Rivero, Nesty se fue a dar charlas en las escuelas de Quebradillas, y en las escuelas y comunidad lanzaron la campaña: “¡SE BUSCA EL SAPO CONCHO!”

Poco después, los estudiantes José y Paquito,² del octavo grado de la escuela Luis Muñoz Rivera, en el barrio Cocos de Quebradillas, llegaron a la casa de Nesty, con una pareja de Conchos en una lata. Los habían conseguido en el sector Hoyo Brujo, del barrio Cocos. Esas eran las últimas poblaciones conocidas.

Se hicieron muchos viajes de estudio, hasta que Rivero se dio cuenta, a finales de la década de 1970 y principios de los 80, que Concho estaba próximo a desaparecer, y trató de remediarlo.

Gracias a los esfuerzos de Ernesto, quien continuó estudiando a Concho muchos años, el Dr. Rivero consiguió algunas



parejas del sapo, y se las encomendó a sus nuevos estudiantes, Raúl Sarmiento y Rafael Joglar,^D en el Colegio de Mayagüez (UPRM).

² José Raúl Avilés y Francisco Hernández.

En el apartamento de estos estudiantes, comenzaron, de manera rudimentaria, los esfuerzos de reproducción en cautiverio de Concho.

De allí, bajo el cuidado de Raúl, se trasladaron los sapos al zoológico de Mayagüez, luego nombrado Zoológico Dr. Juan A. Rivero. En el zoológico se lograron adelantos reproduciendo a Concho. Al mismo tiempo, llegó a Puerto Rico el Curador de Anfibios y Reptiles del Zoológico de Toronto, y fundador de programas internacionales para la conservación de anfibios, Bob Johnson.

Los esfuerzos de reproducción en cautiverio se trasladaron entonces al zoológico de Toronto, así como varios otros zoológicos de la “Association of Zoos & Aquariums” (AZA), en Estados Unidos y Canadá, con la anuencia del Departamento de Recursos Naturales y el Servicio Federal de Pesca y Vida Silvestre.

Lamentablemente, no pasó mucho tiempo cuando dejaron de encontrarse sapos en Quebradillas, y nuevamente se pensó que el sapo ya había desaparecido en su estado natural. Pero, no. Justamente, el 4 de julio de 1984, el biólogo, conservacionista y oficial de manejo del Departamento de Recursos Naturales, Miguel “Menqui” Canals, descubrió la población de Guánica.

A partir de entonces, y por muchos años, el suroeste de Puerto Rico era el único lugar donde habitaba el sapo concho, protegido y estudiado con celo por Menqui y algunos estudiantes universitarios.

Entrando en el siglo 21, desde Estados Unidos³ comenzaron a traer renacuajos para reintroducir el sapo en el norte. Se trataba de los descendientes de los sapos de Quebradillas. Ciudadanos del Karso (CDK), liderado por Abel Vale y Evelyn Moreno, y Para La Naturaleza (PLN), por Fernando Lloveras, hicieron el importante compromiso de apoyar este esfuerzo. Se construyeron charcas y se cuidó de los renacuajos hasta que pudieran salir del agua y aventurarse en la vida.

En las reservas de CDK los biólogos, doctores Sondra Vega (UPRA) y Alberto Puente (UPRM), junto a sus estudiantes, se encargaban de dar seguimiento a los sapitos que se criaban en Arecibo. Por parte de PLN se establecieron poblaciones en los municipios de Manatí, Florida y Guayanilla (en el sur). Los del norte, supervisados por Ricardo Rodríguez, los del sur por Ernesto Olivares.

³ La “Association of Zoos & Aquariums” (AZA), a través del Conservatorio del Sapo Concho Puertorriqueño (PRCTC, en inglés), dirigido por Diana Barber, y junto con las agencias de gobierno locales y federales.

En todos estos lugares, ya han nacido Conchos. Pero no en cantidad suficiente para asegurar la recuperación de la especie. Cada año hay que traer a Puerto Rico miles de renacuajos, y a veces sapitos. ¡Imaginarán lo que cuestan tantos pasajes!

Fue entonces que se decidió que era mejor volver a criarlos en Puerto Rico. Y, en el año 2024, se consiguieron fondos a través del zoológico de Fort Worth, Texas, para iniciar este proyecto. Para esto se planifica construir unas instalaciones en el carso norteño. La localidad donde CDK ha estado liberando renacuajos, colinda con una reserva y estación biológica desarrollada por la Universidad Interamericana, Recinto de Bayamón, en colaboración con CDK. Se escogió un lugar justo entre estas dos localidades para desarrollar las nuevas instalaciones.

Una vez terminadas, los renacuajos que nazcan en ellas podrán sumarse a los que nacen en las charcas de Arecibo, Manatí, Florida, Guayanilla y Guánica. Pero aún entonces, si no protegemos el hábitat de Concho, estos interesantes sapitos no encontrarán dónde vivir.



Notas de interés:

^A Te contamos que en la década de 1920 se trajo, desde Jamaica y Barbados, al sapo común, *Rhinella marina*, para tratar de controlar a la larva del caculo, que atacaba la raíz de la caña de azúcar, industria muy importante en aquel momento. Este es el sapo grande y marrón, que se ve comúnmente en Puerto Rico.

^B En un interesante giro de eventos, George Latimer, descubridor de Concho, se asoció con José Ramón Fernández, Marqués de La Esperanza. Incluso sus respectivos hijos se casaron, por lo que Latimer y Fernández tuvieron nietos en común. Pues resulta que la Hacienda La Esperanza, es uno de los lugares donde se ha reintroducido a Concho y ¡con éxito!

^C Un año después del hallazgo de García Díaz, la Sra. Lumen Juarbe coleccionó otro ejemplar en Isabela.

^D Hoy, el reconocido Dr. Rafael Joglar, profesor en UPRRP y fundador de Proyecto Coquí.